

Por el contrario, la escritura de Ernestina se desenvuelve por un viaje interior, que es un camino de Damasco semejante al de Saulo de Tarso, más que un traslado a México. Desde luego, hay que pensar que la experiencia de la guerra y el destierro marcaron una huella en su espíritu.

Del silencio al cántico

Había publicado cuatro libros de versos y una novela antes de la sublevación militar, y también estrenó en 1929 el «retablo escénico en verso» *Lluvia de ángeles*, en el Lyceum Club. No existe una identidad total entre esas obras iniciales, precisamente por serlo. El primer libro, *En silencio...*, apareció en mayo de 1926, cuando la autora no había cumplido aún los 21 años. Sonetos, romances y octavillas son las principales estrofas por las que se desliza un romanticismo teñido por un suave modernismo, y con claras resonancias de Juan Ramón Jiménez, cuya *Segunda antología poética* (1922) era entonces y siguió siendo libro de cabecera de la autora. Un poema «A Platero» testimonia esa devoción.

Ya en este primer libro se advierte la dualidad amor humano/amor divino, como en aquellas rimas que compuso Lope de Vega al mismo tiempo, ya que no son división del sentimiento, sino unificación. Hay una aceptación plena de la vida como es o como sea, con amor y dolor, siempre con esperanza.

Dos años después editó *Ahora*, al mismo tiempo que el *Romancero gitano* de Lorca, el *Cántico* de Guillén, el *Ámbito* de Aleixandre y *La toriada* de Villalón. Era un momento de títulos breves sin duda, y también de renovación de la poesía. Así sucede en *Ahora*, título que indica la sumisión del verso al tiempo, en este caso al presente. Se acababa de conmemorar el tercer centenario de la muerte de Góngora por el grupo de poetas del 27, denominación tomada de ese acontecimiento, y en Europa triunfaba el superrealismo, bien conocido por la escritora.

Un lenguaje nuevo se manifiesta en estrofas variadas a lo largo de *Ahora*. Ernestina crea imágenes literarias próximas a la teoría de Vicente Huidobro y su continuador español, Gerardo Diego, aunque sería exagerado

considerarlas creacionistas. Los versos se alargan y las estrofas se multiplican.

Carece de fecha de impresión *La voz en el viento* (1928-1931), pero debió de aparecer ese último año. Incluía una «caricatura lírica» de Juan Ramón que llevó después a *Espanoles de tres mundos*, en la que exponía su visión de la escritora debatiéndose en el misterio de la vida y la poesía: «Y ese misterio repetido le va dejando, no sé en qué donde de su cuerpo o de su alma, un resto retorcido, ahumado, resplandoroso, cabalístico»⁶.

Endecasílabos y alejandrinos confluyen en sonetos y versos blancos para dar cuenta de un amor humano sublimado que tiende a la mística, y que utiliza unas palabras silenciosas.

Con la primavera de 1936 llegó a los lectores *Cántico inútil*, título casi premonitorio de lo que iba a suceder en seguida. El editor, Manuel Aguilar, requirió alrededor de 160 páginas, y la autora se vio obligada a reproducir algunos poemas del libro anterior para completar el volumen exigido. Su acompañante más asiduo entonces, Juan José Domenchina, añadió como prólogo «Cinco glosas excéntricas».

El 1 de mayo le escribió una carta Antonio Machado, acusando recibo del libro: «Lo he leído con deleite desde la primera hasta la última página, y me dispongo a releerlo. Conocía versos muy bellos de sus primeros libros. Los de este que ahora publica acusan, a mi juicio, un paso decisivo hacia la poesía integral por encima o al margen de toda moda literaria»⁷.

Alude el título al *Cántico espiritual* de Juan de la Cruz, y manifiesta la inutilidad del propio por cuanto aquí se enfrentan el amor divino y el amor humano sin solución. Una de las secciones se titula «Noche oscura», también como eco del poeta carmelita, y como síntoma de la falta de claridad espiritual en que se hallaba, sumida en ese misterio denunciado por Juan Ramón.

Su novela *La casa de enfrente*, editada por Signo, empresa preferida por Juan Ramón, se perdió en la

⁶ Juan Ramón Jiménez, «Ernestina de Champourcin (1930)», en *Espanoles de tres mundos*, Buenos Aires, Losada, 1942, p. 103.

⁷ Esta carta manuscrita se reprodujo en facsímil en Cuadernos Hispanoamericanos, núm. 304-307, Madrid, octubre 1975-enero 1976.

confusión de la guerra como tantas otras cosas materiales y espirituales.

En el exilio

En México, D.F., donde se instaló el matrimonio desde 1939, tuvo que ocuparse de las tareas de ama de casa y de trabajadora por cuenta ajena sin horario. Además, se vio obligada a cuidar las depresiones de su marido, madrileño sin sombra en su destierro. Lo mismo que sucedió durante los tres años de guerra, compuso pocos poemas, y los fue dando a conocer en revistas.

Hasta 1952 no volvió a publicar un libro, y lo hizo en Madrid, en la colección Adonais: *Presencia a oscuras (1948-1950)*. Se deduce del título que la «Noche oscura» del libro anterior es dueña del paisaje en que se mueve la autora. Sin embargo, la primera sección del libro se titula «Hacia la luz», y delata que la presencia advertida en la oscuridad es la divina. Aquí, pues, el amor divino triunfa sobre el humano, y la expresión alcanza sentimientos próximos a la mística barroca.

Se produce otro paréntesis editorial largo hasta 1960, año en que aparece el primero de una serie de libros breves editados por Alejandro Finisterre bajo la denominación Ecuador 0° 0' 0": *El nombre que me diste...* (1960), *Cárcel de los sentidos* (1964), *Cartas cerradas* (1968) y *Hai-kais espirituales* (1968). Ha muerto Domenchina en 1959, y el año anterior falleció Juan Ramón Jiménez. Otros compañeros de generación y de exilio desaparecen en ese lapso: Altolaguirre, Prados, Cernuda, Gómez de la Serna, Garfias y León Felipe. La soledad hace más grande la oscuridad.

Todos esos libros están inspirados por la fe, que es el único argumento inspirador de la palabra poética. Esbozan un itinerario personal que concluye en el gozo de la confianza. Ha trascendido el amor humano hasta arraigar en la luz. Para exponer el camino místico seguido utiliza una poesía desnuda, por decirlo con una denominación juanramoniana, que elige la sencillez en la estrofa y en la palabra.

Culmina el ciclo con un libro impreso en Madrid en 1972 por Alfaguara, *Poemas del ser y del estar*, pocos meses antes de que la autora misma decidiera poner fin al destierro. Los romances y los alejandrinos blancos continúan declarando la perseverancia en el amor divino que ya es luz «estando ya su casa sosegada», por decirlo con palabras felices del poeta místico.

El exilio del tiempo

Instalada de nuevo en Madrid, volvió a publicar un libro de poemas en la colección Adonais, como el primero del exilio. Y se titula precisamente *Primer exilio* (1978). El segundo gran cambio de su vida sobre el espacio parece haber influido también sobre el tiempo, de modo que el recuerdo presentifica el pasado a lo largo de unos poemas que evocan la salida de España y la llegada a México después de pasar por Francia.

El título advierte que es la narración de un «primer exilio», el exterior, el destierro físico padecido desde 1939. Pero la escritora retornada a Madrid se encuentra en un «segundo exilio», el espiritual, porque ni la ciudad ni sus familiares y amigos son lo que fueron entonces, cuando emprendió el primero. El poema inicial es una rememoración del Madrid en guerra, «capital de la gloria», que ya no existe, y el último de la sección describe el Panteón Español de México, D.F., donde quedaron tantos exiliados políticos y emigrantes en busca de fortuna. Todo pasa y desaparece.

De ahí que otra sección del libro se titule «Etapas del tiempo», elegías al pasado que culminan con la titulada «El último diálogo», fechada el día de la muerte de su marido. Otras elegías cantan a las ruinas de Tipasa, y otras más vislumbran ecos de Rilke camino de la muerte. Sí, todo pasa, como la vida misma.

Los nueve romances que integraron un cuaderno editado en México en 1983 no se recogen en este volumen, por considerarlos la autora escritos circunstanciales: *Poemillas navideños* se titulan.

La pared transparente (1979-1980), editado en 1984, continúa los temas del exilio y del tiempo, y sus

fechas advierten con nitidez que está enlazado con *Primer exilio* en cuanto a su factura. En ambos libros dominan los poemas en heptasílabos blancos, y el tono elegíaco por el paso del tiempo que confunde las fronteras entre el ayer y el mañana. El ambiente es oscuro, frío, amargo, porque el mundo está lleno de paredes que incomunican a las personas. Sin embargo, la pared puede ser transparente para el que desea ver más allá del tiempo y el espacio. La sección titulada «Luz en la memoria» ofrece un recuerdo abierto del exilio.

Y de repente estalló la luz, brillaron los colores y el ambiente se llenó de olor a frutas y plantas, en su libro *Huyeron todas las islas* (1988), título encontrado en el *Apocalipsis*. Las islas no son hombres, pero pueden ser su imagen literaria en un libro lleno de símbolos próximos no sólo al inspirado al apóstol Juan, sino también al que culminó la evolución estética de Juan Ramón, *Dios deseado y deseante*.

A sus 83 años, Ernestina advierte que en el muro crece la hiedra y asciende, y ve que el ciprés tiene alas y se eleva hacia el cielo. Por eso sus versos se llenan de olor y color, y deja su cuidado entre las azucenas olvidado, como el otro Juan, el místico, recomendará hacer.

Un folleto que contiene diez poemas, *Los encuentros frustrados* (1991), es su última entrega. Sigue la fiesta del color y el olor con flores y frutas que adormece al mismo tiempo: «Aquello fue, será y sin borrarse nunca/ existe como fruto de insólita dulzura», escribe. Los alejandrinos del libro anterior se alternan en este cuaderno con los heptasílabos en perfecta compañía.

El final es aleccionador: «No saber, no soñar, /pero inventarlo todo.» Ni realidad ni ficción, sino imaginación. Puede que la vida sea sueño, como dijo Calderón, pero de seguro es poesía.

La lectura de *Poesía a través del tiempo* revela un itinerario vital y estético admirable. Es, pues, muy oportuna esta edición que recupera una de las voces del exilio.

Arturo del Villar

Impura claridad

El pasado mes de marzo se presentaba en Madrid el último libro de María José Flores. *Impura claridad*¹ se suma a cuatro poemarios anteriores: *De tu nombre y la tierra*², *Oscuro acantilado*³, *Nocturnos*⁴ y *El rostro de la piedra*⁵. En todos ellos la autora ha venido dejando constancia de una dedicación creadora hecha médula de su existencia. *Impura claridad* confirma y asciende una línea de rara y permanente coherencia poética. Una nueva invitación a la gozosa comunión del lector y el poema.

Variación y recurrencia

Recalemos primero en la percepción externa de los textos. La mayoría son objetos perfectos, trazan dibujos simétricos: la anáfora, el paralelismo, la variación, más una tupida red de correspondencias internas evidencian una trabada —y tramada— armazón constructiva. Y sin embargo ofrecen una apariencia dócil. Siendo productos de delicada elaboración, tienen la espontaneidad de lo silvestre:

He sido sombra
o claridad vencida

He sido luz
o noche desolada

Una rama de agua
os dije
y era piedra

Una piedra abrasada
os dije
y era agua⁶

¹ Premio «Ciudad de Mérida» 1994. Aguaclara, Alicante, 1995.

² IV Premio Adolfo Vargas Cienfuegos, Badajoz, Asociación de la Prensa, 1984.

³ I Premio Juan Manuel Pozas. Cáceres, Universidad de Extremadura, 1986.

⁴ Badajoz, Diputación, Colección «Alcazaba», n.º 14, 1989.

⁵ Premio Ciudad de Badajoz, 1991. Badajoz, Diputación, Colección «Alcazaba», n.º 25, 1993.

⁶ El libro consta de un índice de primeros versos. En los casos en que por falta de espacio no me sea posible transcribir los textos, remitiré a las páginas correspondientes.